

mundo? La mitad de los hombres acuden á ese trabajo, al paso que la otra mitad huyen de él, como de un veneno mortal, y se ocultan en diversos recónditos lugares para no verlo.

Pero ¿quiénes son los que huyen y se esconden? ¿Acaso los ignorantes? ¿No: los más instruídos y los más inteligentes! — ¿Tal vez los que no creen en Dios? ¿No: los verdaderos creyentes!

75. Vuestra principal objeción contra el trabajo del pan es ésta:

Cualquiera que sea la ocupación de un hombre, cualquiera que sea su trabajo, obedece á este mandamiento: «Amasarás tu pan con el sudor de tu frente.» Esta explicación no puede convenir ni á Dios ni al hombre.

Fué dicho: «Tu tierra será mal-

dita en sus productos.» ¿Hay en eso alguna alusión á vuestras ocupaciones? ¿No!

Y también: «Permanece en la afición todos los días de tu vida.» En estas palabras no está designado de una manera precisa el trabajo del pan.—Y también: «Cultivarás los cardos y los espinos.» ¿Hay en esto alguna alusión á vuestras habituales ocupaciones?

Y también: «Comerás la hierba de los campos.» ¿Hay en esto, una vez más, la menor alusión á vuestras ocupaciones? ¿No!

Por último: «Amasarás tu pan con el sudor de tu frente.—Polvo eres, y en polvo te convertirás.»

Pues bien; los sabios aún encuentran un rodeo y pretenden que no sólo al arado se aplican estas palabras, sino también á su plu-

ma, y dan sólidas razones para ello.

76. Pero ¿es posible que Dios nos haya impuesto á nosotros solos esta penosa obligación de trabajar en la tierra, al paso que os haya ordenado á vosotros evitarlo por medio del dinero?

—En mi casa — dice el ricacho — el dinero trabaja para el pan.

—¡Eso es falso! El dinero no ha pecado contra Dios. Por eso, el mandamiento no fué dictado contra el dinero. Por otra parte, el dinero no come pan; por tanto, no está obligado á trabajar. ¿Cómo puedes entonces decir: «El dinero trabaja en mi casa?» ¿Os encontráis, pues, enteramente justos para no tener necesidad de un mandamiento? Pues aun cuando fueses más santo que el Santo de los Santos, no por eso dejas de comer el pan trabajado por otro.

En verdad, no se puede salir vivo de las manos de un adversario como yo.

He aquí otra excusa que presentas: «Si todo el mundo se ocupa en la agricultura, todas las fábricas ó manufacturas tendrán que pararse, y perecerá el universo.—No hay nada más falso. El universo no perecerá por eso. En efecto, hay ochenta días de fiesta, durante los cuales se está libre de toda especie de ocupaciones; y todos los hombres pasan ochenta días en la ociosidad. ¿Crees que cuando un marido y su mujer trabajen un área durante treinta días, en diversos períodos del año, crees tú, digo, que el universo perecerá? ¿Por qué había de ser así?

—En todas las grandes ciudades, sobre todo en Moscú, donde hay

un gran número de fábricas y talleres, hay próximamente un millón de habitantes. ¿Dónde se encontrará una extensión suficiente de tierra, si todo el mundo tiene que dedicarse á la agricultura?

Esta es otra excusa de los que evitan el trabajo.

—Respondo á esta objeción, que los fabricantes y manufactureros han ido de grado ó por fuerza á esas ciudades. Pero ¿no pueden edificarse las fábricas en lugares descubiertos, en medio de las campiñas pobres, de manera que unos trabajen en el pan mientras otros ganan dinero en la fábrica, y que alternen así unos y otros? Todo esto sería de fácil arreglo, si quisierais ayudar á la clase inferior. Pero no os ocupáis más que de vosotros mismos y de vuestros iguales.

¿Os alejáis del trabajo del pan porque no hay mucho terreno y porque si todo el mundo se pusiese á trabajar no habria tierra bastante? Más á tu favor, si te decides á trabajar: ¿labrarás tú solo toda la tierra?

Por mi parte, ahora ocupo diez áreas de tierra de pan llevar. Pero si se efectuase esa revolución, sólo ocuparía cinco; y las otras cinco, amigo mío, las labrarías tú con esas manos blancas, á pesar del calor ó las heladas, con mal tiempo, con nieves, cuando tiritases como con fiebre y tuvieses las manos engarabitadas como patas de araña.

¿Es admisible, en efecto, que sólo nosotros debamos aguantar todos esos males?

79. Si tan convencidos estáis de que nosotros comemos el pan de

vuestros trabajos, ¿por qué nos lo vendéis? Nosotros no os obligamos á ello. Vosotros sois quienes nos rogáis que lo compremos. ¿Es culpa nuestra?

—Si todos los labradores conociesen cuál es la ley primitiva, no venderían el pan y no lo darían de balde sino en ciertos casos admisibles, como ya lo hacen muchos de nosotros. — Pero ¿dónde tomarán el dinero?— Ya sabrán encontrarlo.

El perezoso, semejante á la puerta en sus goznes, permanece toda su vida descansando sobre el plumón de su lecho. Nunca ha visto cómo se trabaja el pan. Por eso, apenas lee diez artículos de mi libro, lo rechaza diciendo: «*¡Esto es vitriolo!*» Ese veredicto me parece profundo y merecido.

No es él quien ha encontrado esta

frase. La Providencia es quien ha hablado por su boca, porque para él es vitriolo el pan de sus trabajos, mientras que el pan de los trabajos ajenos le sabe más dulce que la miel.

¡Ved, lectores, cómo se ama á sí misma la falsedad! Y si ella misma no se encontrase amable, ¿á quién iba á parecerle grata y virtuosa?

80. ¿Por qué llamarán á la falsedad con el nombre de falsedad?— decíame á mí mismo, á propósito del capitalista.

Hubiera sido preciso darle mejor nombre, porque es más veraz que la verdad misma: se descubre y se denuncia á sí propia.

Fué dicho: «La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra.» Así es como Dios habló á Cain, es decir, la voz de la falsedad.

Si clamó á Dios, ¿por qué habría de guardar silencio ante el mundo? «Y Dios marcó á Caín» con el signo de los malhechores. ¿No marca aún hoy con ese signo á todos los malvados, y con ellos al holgazán de que he hablado, el cual ha llegado á ser mi mejor maestro, y por quien será eterna mi gratitud?

81. ¿No respondes? Entonces, me apruebas.

He aquí, sin embargo, la respuesta que puedes dar y la objeción que en realidad diriges contra el trabajo del pan: «Yo no puedo hacer muchas cosas á la vez. Si me ocupo en la agricultura no tendré tiempo para pensar en otra cosa.»

Pero á mi vez, te replicaré: «Aparte del pan, tengo otras muchas cosas que hacer. Entonces, ¿cómo yo, que soy un *mujik* igno-

rante, podría conducirlo todo á buen fin, tomar una resolución y ejecutarla al momento? Si fuese yo tan inteligente y tan instruido como vosotros, me ocuparía de muchos miles de asuntos. ¿Por qué, pues, teniendo infinito talento, no puedes pensar tú más que en un solo asunto?»

82. Cuando huís del trabajo del pan y os atormenta la conciencia, os decís: «Si todos trabajamos en el pan, ¿dónde tomarían las pobres gentes su dinero, ellos que sólo viven por el pan? Nos dan pan, pero en cambio les damos dinero; y así viven los campesinos gracias á nosotros, y nosotros gracias á ellos; una mano lava á la otra, y las dos quedan blancas.»

—No, vuestro argumento no nos desconcierta. No somos tan estúpi-

dos como creéis, y vosotros mismos no sois tan inteligentes como pensáis. No olvidad que quien os habla soy yo, que permanezco en los umbrales de vuestros palacios (como Lázaro).

La mitad de los seres vivientes no trabaja el pan y sabe dónde tomar el dinero; la otra mitad, que lo trabaja y no lo vende, apenas tiene con qué alimentarse ella misma. Sin embargo, sabe dónde encontrar dinero. Durante una mala cosecha, hay distritos enteros que no venden, sino que compran; y saben dónde encontrar dinero. ¿Pues por qué la segunda mitad no encontraría donde tomar el dinero, si todo el mundo trabajase el pan?

Lejos de ser útil á las gentes la venta del pan, les es muy nociva. Este año hay buena cosecha, y el

labrador vende el trigo al ricacho por treinta céntimos el *pud*. Piensa que con el trigo que le queda podrá tener suficiente para sus necesidades. Pero supongamos que el año próximo, por tener mala cosecha, haya hambre: comprará el trigo al mismo ricachón á un *rublo* cincuenta *kopeks* el *pud*; y si no tiene bastante dinero para pagarlo, le dará sus bestias á mitad de precio. De este modo resulta que no ha satisfecho sus necesidades, ha vendido su trigo, se ha privado de sus bestias, y á la postre se encuentra reducido para siempre á la mendicidad. Así se arruinan muchos, vendiendo el trigo. Entonces, ¿cómo podéis decir que los labriegos sólo pueden vivir de la venta del trigo y que sin eso se morirían de hambre? La verdadera consecuencia es

que vosotros, y no nosotros, vivís de lo ajeno. Vuestro dinero es el dinero de nuestros trabajos, y todo lo que poseéis nos pertenece.

Labrad, según el mandamiento, una sola área de tierra de pan llevar, y todo os pertenecerá.

83. A menudo no tengo un cuarto en uno y hasta dos meses. Sin embargo, cuando me fatigo de trabajar durante el día, hago la *tura* (1) y como bien; la *tura* me sabe mejor que á ti tus manjares escogidos, y me vuelvo cantando á trabajar.

Pero si te quedases tú un par de meses sin mi pan, ¿qué cantares entonarías?

Ahora examina bien, lector, cuál

(1) Pan hecho migas y empapado en cerveza *kwass*.

de los dos vive á expensas del otro.
¿Tú ó yo? ¡Tú!

Entonces, ¿por qué te pones en el número de mis amigos? ¿Quién de los dos debe ocupar el primer sitio en la mesa? Seguramente que yo. Pues ¿por qué te has puesto tú en él? ¿Quién te ha indicado ese lugar y concedido ese honor?

Defiéndete con respuestas valaderas, ó de lo contrario no te comas nuestro pan. O bien, si consientes en ello, labra con tus manos una sola área de tierra, y entonces toma asiento á la mesa. Y sino, vete de ahí.

84. Paréceme que tus respuestas serán iguales á las del ricacho que me decía: «Yo quisiera trabajar, pero no sé. Una vez en mi vida cogí la dalla, la levanté al aire con todas mis fuerzas y no hizo más

que rozar la hierba. Entonces di con más fuerza, y medio se clavó en el suelo. Tomé en seguida una hoz, y después de muchas fatigas, apenas si segué media gavilla, y para eso me corté en la mano. Además, si fuese á trabajar de veras, todos mis compañeros se pondrían á mirarme y á reirse de ese pasmoso espectáculo.»

—Pues ¿por qué sabes comer?— le pregunté.— ¡Antes de la edad de dos años sabías ya comer; y ahora, viejo ya, no sabes aún trabajar!

Vuelvo á decirle: «¿Es por impotencia ó por mala voluntad por lo que no sabes trabajar?»

85. El ricachón me dió también las excusas siguientes: «1.º Yo trabajaría el pan, según el mandamiento; pero me da vergüenza, porque las gentes me señalarían con el

dedo. 2.º ¿Le está bien á un rico, como yo, trabajar con los pobres? 3.º Todos los hombres inteligentes é instruidos me excluirían de su sociedad. 4.º Trabajando el pan sólo ganaría treinta *kopeks*; al paso que en mi casa puedo ganarme con la pluma diez *rublos*.

¡He aquí las razones por las cuales la clase instruída ha rechazado este trabajo, donde no ve más que pérdidas y humillaciones!

86. Pero añaden: ¿Seremos en eso culpables ante Dios? No; porque al morir Jesucristo por nosotros nos exhortó á no cometer pecado y á no cumplir el mandamiento, es decir, á no trabajar el pan, puesto que dijo: «Considerad las aves del cielo, etc.» Por eso no trabajamos nosotros el pan, y no lo trabajaremos nunca.

87. Pero si estás redimido—le respondí—entonces ¿por qué comes el producto de los trabajos ajenos? ¿Cómo puede ser que os haya redimido, ¡oh ricos! y que no nos redimiese á nosotros? Si hubiese redimido al género humano, hubiera debido ordenar que el trigo naciera amasado y cocido á gusto de cada uno; ó bien, enviarnos el maná del cielo, como se lo envió á los israelitas en el desierto.

Claro se ve que no ha redimido á los hombres, ni del pecado, ni del mandamiento, es decir, del trabajo del pan. Cada uno de nosotros debe redimirse por sus buenas obras, y no contar con los méritos de otro, es decir, de Cristo.

88. Pecamos, desobedecemos los preceptos divinos é incurrimos aún en las maldiciones enunciadas en el

Deuteronomio. Según vosotros, no debiera ser así. De haceros caso, Jesucristo debe tomar sobre sí nuestros pecados, nuestras impiedades y nuestras maldiciones. ¡Donosa invención! ¡Y cuán justo es vuestro cálculo! No. Cada cual debe redimirse á sí mismo, por la obediencia al mandamiento primitivo: «Come el pan de tus trabajos.» No hay virtud más hermosa; y no buscarla es el más peligroso de los crímenes.

89. Si eres rico, vive con todo el lujo que puedas, sé tan orgulloso como sepas, aumenta tus gollerías tanto como quieras, pero no rehuyas el trabajo del pan, antes bien, apresúrate á cumplirlo.

90. Entre ricos y pobres hay siempre una grande é implacable enemistad. Pero cuando están unos delante de otros, disimulan. ¿Quién

ha concitado ese odio, los ricos ó los pobres? Dice Sirach:

¿Qué relación tiene un hombre santo con un perro (un impío, un pecador impuro)? ¿Y qué vínculo tiene un hombre rico con un pobre?

«Como la humildad (el doblegamiento causa horror al soberbio), así el pobre da horror al rico.» (*El Eclesiástico*, XII, 22 y 24.)

¿De quién es la culpa? De los ricos, y no de los pobres labradores.

He pedido más atrás y vuelvo á pedir que no se olvide que yo, que estoy en los umbrales de los ricos palacios (como Lázaro), me dirijo, en nombre de todos los labradores, á vosotros las altas clases, y no á ti solo, lector.

91. Dirán: «Fulano trabaja veinte veces más que el labrador: ¿puede tratársele de holgazán?»

Los días de fiesta, el primero trabaja; el segundo está tumbado y no sirve ni á él mismo, ni al prójimo, ni á Dios. Dícese que en este caso el perezoso cumple con su deber, mientras que el trabajador comete un delito pecando contra el cuarto mandamiento.

¿No es lo mismo este caso que el de que nos ocupamos?

Durante trescientos treinta días del año, haz todo cuanto te plazca, entrégate á todas las ocupaciones que gustes; pero durante treinta y cinco días, en diversas épocas del año, todo hombre debe trabajar en el pan.

92. Pero ¿por qué soy tan extenso, cuando me bastaría con pocas palabras? Es que hace falta oponer un sólido dique á todos los subterfugios tras de los cuales os

atrincheráis; y por eso necesito contestar largamente á vuestros numerosos argumentos.

Puesto que para Dios no hay pasado ni futuro, y todo se le aparece como presente, ¿es posible que no haya comprendido que si el hombre debe comer siempre pan, en cambio debe siempre trabajar? Si te impusiera una penitencia por tus pecados, y te dijese: «Coge una piedra de cien *puds* y llévala allí», responderías: «Dios mío, no puedo, porque no me has dado suficiente fuerza.» O bien, si te dijese: «Vuela por el aire como un ave», responderías: «No me has dado alas, y por eso me es imposible hacer lo que me ordenas.» Tus excusas serían legítimas.

Pero, ¿por qué no puedes trabajar el pan? En verdad, contestarás,

sólo es á causa de mi situación: tengo blancas y delicadas las manos, y las espigas del trigo pinchan la piel.

94. También rehuyes el trabajo del pan—dices—porque ocupándose de una labor cualquiera, se obedece siempre el mandamiento de «Ama tu pan con el sudor de tu frente.»

Uno dice: «Hoy he escrito novecientas noventa y una líneas, de modo que he comido mi pan con el sudor de mi frente.» Otro: «He dado hoy algunas órdenes á mis gentes, he velado porque trabajen bien para mí, luego como mi pan con el sudor de mi frente.» Un tercero: «He paseado hoy por la ciudad en un magnífico coche, por tanto como mi pan con el sudor de mi frente.» Un cuarto: «Hoy he vendido mercancías averiadas por buenas y he

engañado á personas inexpertas, por eso como mi pan con el sudor de mi frente.»

Y el ladrón dice á su vez:

«No he dormido en toda la noche, trabajando con mis manos; he comido mi pan, más que todos vosotros, con el sudor de mi frente.»

Si no por la verdad, á lo menos por la elocuencia y la astucia, todos ganarán el pleito, como dice Kriloff (1).

(1) Kriloff (Iván Andreiewitch), fabulista ruso, nacido en un pueblecillo de Oremburgo en 1768, murió en San Petersburgo en 1864. Atraído por el teatro desde su más tierna infancia, compuso una zarzuela, *La cafetera* (1783), muchas comedias y algunas tragedias, siendo las principales, entre estas últimas, *Cleopatra* y *Filomela*.

Pero su vocación real no era esa. En 1808, por consejo de uno de sus amigos que parecía sentir su verdadero talento, tradujo dos fábulas de La Fontaine, *La muchacha* y *El ro-*

«Todos los animales provistos de garras y colmillos, todos son inocentes; son casi unos santos, pero se acusa al tímido buey, gritan contra él tigres y lobos, lo ahogan y en seguida lo ponen en la hoguera.»

Paréceme que Kriloff pinta los labradores con los rasgos de los animales feroces, y con los rasgos del buey designa al tímido ricacho. ¿Qué te parece, lector?

ble y la caña; su traducción chocó por su originalidad y por su carácter pintoresco.

Publicadas en *El espectador* de Moscú, obtuvieron unánime aplauso. Desde entonces consagróse Kriloff exclusivamente á la composición de fábulas, y llegó á ser el La Fontaine de Rusia.

Sin embargo, bajo la pluma de Kriloff todos los asuntos se convierten en rusos. Además, se distingue de La Fontaine y de Lessing por su sal gorda y por su cinismo, tan apreciados en Moscú.

Sus *Fábulas* completas forman una colec-

95. Vosotros los que coméis el pan de nuestros trabajos sois en Rusia unos treinta millones, incluyendo á los judíos y gitanos. ¿Cómo podríamos nosotros alimentarlos á todos, proveeros de buenas ropas, hacer que durmáis en blando lecho y cubriros con una sobrecama de abrigo?

Pues para lograr eso trabajamos sin descanso día y noche, y soportamos toda clase de privaciones.

ción numerosa (San Petersburgo, 1847, tres tomos en 8.º) El conde Orloff publicó en París las *Fábulas rusas tomadas de la colección de M. Kriloff, é imitadas en versos franceses é italianos por diversos autores* (París, 1825, dos tomos en 8.º) M. A. Bougeault publicó una traducción en versos franceses de las principales fábulas de Kriloff (París, 1852, en 8.º) También debe citarse la de Carlos Parfait (París, Plon, edit., 1867). La fábula que cita Bondareff, es una imitación de *Los animales enfermos de peste*, de La Fontaine.

¿No es esto injusto? ¿No es criminal por vuestra parte?

96. Y como si no hubieses oído mis palabras de poco ha, me respondes:

—¿De qué injusticia sois víctimas y qué crimen hemos cometido? No os tomamos el pan de balde, sino que os lo compramos con el dinero ganado por nuestro trabajo.

—¿Y dónde has cogido ese dinero?

—Lo he ganado trabajando según el mandamiento.

—Pero, ¿nuestro dinero no proviene de nuestros trabajos? No se da el dinero por nada, hay que ganarlo con cuerpos de carne y hueso. Y además, ¿puedes redimirte del pecado por dinero? ¿Puedes comprar la ley de Dios con dinero?

Tu excusa te condena aún más.

Tienes derecho á comprar lo que te parezca con el dinero, pero el pan no lo puedes comprar á ningún precio.

97. ¡Te crees salvado por el panecito sagrado que has recibido en la iglesia de manos del sacerdote! —Pero (dirás), no es el pan sagrado lo que me salva, es mi creencia en Cristo, á quien recibo dentro de mí bajo las especies de pan consagrado.—No, la fe sin las buenas obras, es decir, sin el mandamiento, es fe muerta. Vas á la iglesia con un pecado y vuelves de ella con dos, porque has comido el pan de los trabajos de otro.—¿Dónde? (preguntarás)—¡En la iglesia!

98. ¡Oh ricos, no sólo vivís ahora de los trabajos ajenos, sino que aún esperáis obtener en la vida futura la bienaventuranza eterna por los

méritos de otro, es decir, de Cristo! Por eso os parece que no tenéis un deber que cumplir y pensáis en gozar á rienda suelta todos los bienes de este mundo. Vais por una vía ancha y espaciosa, pero, ¿á dónde os conducirá? Lo sabéis tan bien como yo.

99. Véanse harto á menudo entre vosotros, hombres que, cuando la fortuna se vuelve contra ellos y les arrebató sus bienes, y cuando las circunstancias les obligan á trabajar el pan por sí mismos, caen en la desesperación, se hacen ladrones, borrachos, se ponen á la cabeza de todas las empresas criminales. Y suelen morir de muerte violenta para eximirse del trabajo del pan. Pero haz revivir este mandamiento, cuya vida no se manifiesta en vosotros sino en vuestra muerte, y

encontrándose entonces el millonario en la misma situación que nosotros, no rehuirá, antes realizará ese trabajo con afición.

100. Hablemos ahora, lector, de estas tres variedades de hombres: el judío, el gitano y el europeo instruido que, como los dos primeros, come el pan de los trabajos ajenos. ¿Quién es el que más desagrada á Dios y á los hombres?

Ciertamente que el europeo, pues nada hay que decir del gitano, el cual es un ser semisalvaje. En cuanto al judío, era en lo antiguo el dueño del mundo y constreñía á todos los demás á trabajar el pan; pero pasaron esos tiempos. Hoy el judío ha pasado á ser de la cabeza la cola, y el europeo, de la cola la cabeza; y, como los dos primeros, come el pan de los trabajos ajenos.

Pregunto: ¿Cuál de estos tres hombres parece más insoportable á Dios y á la humanidad?

101. Sé que el lector me responderá esto: «¿Puede comparásemme con el judío ó con el gitano? Vivo de la verdad, y ellos de la mentira y la falsía.»—Sí, si tuvieses el cuerpo de un ángel y no de un hombre. Pero cuando comes el pan de los trabajos ajenos, no entra en ese alimento ninguna partícula de verdad. Poco más ó menos hace dos horas que comiste, y ya piensas en alargar otra vez la mano al mismo árbol de vida, hacia el pan, que, sin embargo, te está prohibido. ¿Cómo puedes entonces alardear de que vives de la verdad?

102. De todos los argumentos anteriores, puede deducirse que no hay en el mundo nada más infame,

nada más malo que el pan trabajado por otro. Por el contrario, no hay nada más sagrado, nada más saludable que el pan de sus trabajos. No digo esto por suposición, sino según las leyes fundamentales de Dios, con las cuales está además de acuerdo nuestra ley natural.

103. He dicho que, según vosotros, la vida haragana y ociosa estaba conforme con la ley de la salvación. Antes no di suficientes pruebas de ello. Mas ahora lo probaré de un modo palmario.—No hablaremos de los que viven al día, á merced de la suerte.

Para ganar la bienandanza eterna, los siervos de Dios se retiran á los monasterios, desiertos, montañas ó islas, donde llevan una vida errante.

¿Qué buscan en esos sitios esas

gentes que pisotean la ley divina, es decir, que comen el pan de los trabajos ajenos?

¿No se puede ser virtuoso realizando el trabajo bendito por Dios?

104. Cuando la cosecha es mala, el pobre está triste; y, por el contrario, el rico está contento, porque durante el hambre aumenta sus riquezas. Por eso llama al hambre «la gracia de Dios» y á la buena cosecha «el castigo de Dios». Y si une sus lamentos á los de los pobres, no lo creas: es un hipócrita.

105. ¡Y decís que las dos clases no son enemigas una de otra!

Los ricos os presentarán en seguida esta excusa: «¿Cuál es mi riqueza? Los hay cien veces más ricos que yo; á ellos y no á mí es preciso atribuir todas esas desdichas de que habláis.»